cerebros la estadística, la economía política, la publicidad, las costumbres industriales, comerciales y prácticas. Por otra parte, si hay algo notable que diferencie á nuestra nación de las demás, es que se siente capaz y está ávida de organización, que las empresas privadas prosperan en ella menos que las instituciones públicas, que tiene necesidad en todo de centralización y de gobierno. Pues bien, yo pregunto: ¿es posible concebir un proyecto más conforme con estas dos tendencias; que dé más satisfacción á los intereses, más publicidad al comercio, más regularidad á las operaciones, más extensión á los negocios; que cree más comerciantes y más funcionarios á un tiempo; que haga la vida más cómoda y á la par más mecánica; que aproxime al hombre más completamente á esos valores timbrados y cifrados, registrados y en circulación, á los cuales él desea asimilarse? Yo no sé qué acogida dispensará la opinión á este pensamiento fecundo; pero, suceda lo que quiera, tengo á mi conciencia de mi parte; yo sé, yo creo, puesta la mano sobre mi corazón, que si este germen fermenta, no habré sido inútil á mi especie. Mi convicción es tan firme, que estoy dispuesto á depositar los primeros fondos, persuadido de que me producirán el diez por ciento más que el cerdo salado y los petróleos.

CAPITULO XV

UNA COMIDA

«La señora está servida.»

La dueña de la casa se levanta con cierta lentitud y se aproxima al convidado más distinguido. Este arquea el brazo, encorva graciosamente las espaldas, busca una frase y halla una sonrisa. Entre tanto se promueve un ligero desorden; los hombres buscan dónde dejar pronto el sombrero; la galantería v la modestia los solicitan. ¿Debo ofrecer el brazo? ¿Tengo la corbata bien puesta? ¿Paso el segundo ó el tercero? El caso es urgente; tres fracs se precipitan á un tiempo alrededor de una falda; ésta elige á la ventura, y empieza el desfile. El excedente varonil avanza detrás, con aire entre contento y reservado, por entre filas de lacayos rígidos. ¡Ah, cuán digno es su aspecto! ¡Qué bien empolvados están! ¡Qué aspecto de embajadores ó de ministros! Yo he visto ministros y embajadores; los lacayos están mejor; la buena presencia es una parte de su estado; su gravedad no tiene igual. Pero sobre todo tienen el órgano esencial aristocrático y las pantorrillas; las que son verdaderamente buenas valen cien francos más de salario: una pantorrilla blanca encima de un zapato de hebilla, transporta el espíritu á los más hermosos días de Marly y de Versalles. ¡Ay, si nos levantáramos el pantalón, cuántos de nosotros, ciudadanos secos, engreidos, deformes, resultarian dignos de ser lacayos!

Las señoras se sientan, arreglan y extienden sus faldas. Los hombres discretamente, con los lentes calados, tratan de leer su nombre en el pedacito de papel blanco que les indica su puesto; lo ocupan saludando, y tosen para aclarar la voz, casi sepultados debajo de dos vestidos. Brilla en toda la línea el ejército de vasos y botellas; cada plato tiene su pequeño batallón; los candelabros arrojan millares de blancos resplandores sobre aquel arsenal brillante; los cuerpos de seda, las cintas, los diamantes relucientes, un ancho vaso de azaleas y de yaros eleva, en medio de la mesa, sus penachos satinados y la delicada orla de sus flores abiertas; el ruido leve de las cucharas y de los platos se parece al del granizo que golpea en los cristales ¿Qué voy yo á decir á mi vecina?

Mi sobrino Anatolio Durand, que come aqui por primera vez, está como cohibido; va á comer demasiado; dentro de un cuarto de hora tendrá los ojos chispeantes y las mejillas encarnadas; se atormentará por hallar una idea y soltará una tonteria. Sobrino mío Anatolio, en el último baile, después de seis minutos de silencio, dijiste á tu pareja, una fina y encantadora joven, á quien yo en mi imaginación te destinaba por esposa: «Señorita, ¿vive usted en Chatou?—«Sí, caballero».—«Aquel sitio es muy feo». Y ahí paró la conversación. Sobrino mío, cuando se habla tan poco se debe decir otra cosa.

Yo me siento holgadamente; poseo cerdos salados y petróleos. Con motivo de un plato ó de una lámpara, paso á la carne ó al petróleo, y disparo una ó dos historietas; una vez comenzada la frase, ya sigue sola como el caballo de un ómnibus, que conoce su camino. En el campo, describo á la americana huesosa y puritana, conocedora de la Biblia, la economía política y la

anatomia; establezco un paralelo entre aquella predicadora y otros que le parecen; se dignan sonreir, y, con la conciencia tranquila, me levanto para ir à fumar. Infaliblemente, como tengo cincuenta y tres años cumplidos, mi vecina dirá en voz alta al volver al salón: «El Sr. Graindorge es algo raro, pero muy amable.»

En el centro de la mesa hay un antiguo embajador. hoy senador; es el personaje principal. Figura de madera; no mueve ni un músculo. Yo he observado muchas veces esta expresión en los hombres políticos, sobre todo en los hombres oficiales; á fuerza de representar, adquieren la inmovilidad de una figura decorativa. Este no se divierte ni se aburre; está ahí pasivo, fijo, privado de sensaciones, como un centinela en su garita. Lo más notable aún es que no tiene ausencias; su pensamiento no anda vagando por otros lugares, se ha paralizado; no se ocupa mas que en mantener su fisonomía en estado majestuoso y el cuerpo en posición rectilinea; y ni aun se ocupa de eso; la posición rectilinea y el estado majestuoso ya son hábitos; él no necesifa reprimirse ni observarse para adoptarlos. La bestia toma por si sola la actitud grave, sin que el alma tenga que intervenir en eso; libertada de todo cuidado, el alma se dispensa de existir. Una media sonrisa incolora se ve constantemente en sus labios magistrales; imponentes arrugas descienden á lo largo de su nariz, su semblante prolongado de corte clásico parece el de un busto. ¡Espectáculo augusto! Verdaderamente, con su cordón rojo y su placa, está digno de ver, sobre todo en la mesa ó en

el whist, mejor aún cuando saluda; en esos momentos nos preguntamos por qué no saluda siempre; en verdad no puede cansarse; sus profundas inclinaciones y sus enderezamientos son perfectos en demasía; no es posible imaginar unos tendones y una espina tan disciplinados, tan seguros de sí mismos; es la corrección y la elasticidad de un autómata. Esta noche ha entablado conversación; con frases hermosas, bien escritas, habla con un banquero, que está á su lado, de las colas de carnero, plato notable, muy estudiado en Austria y en Inglaterra, mal comprendido en Francia, y que, sin embargo, después de varias tentativas, ha encontrado un intérprete digno en el cocinero de Mr. de Rothschild.

Primera señora á la izquierda, una verdadera parisiense, aburrida de verse junto á un tronco diplomático, se ha vuelto hacia su vecino, que es joven. Veinticuatro años, tres hileras de gruesas perlas en el cabello, anchos bucles rizados le caen sobre las sienes y le dan el aire más fantástico y agraciado; talle delgado, hombros siempre en movimiento, y el más ligero, el más lindo, el más ruidoso vestido de raso que es posible imaginar; la nariz algo larga, pero los dientes son perfectos, y sus ojos negros tienen un fuego, una expresión, una alegría constante que colora todas sus ideas y todos sus movimientos. Su superioridad consiste en su franqueza. Quiere divertirse, vivir entre cosas brillantes, lo confiesa. Para ella, la vida empieza con las luces artificiales esplendorosas, á las once de la noche, en medio de conversaciones, entre las galas y el ondear de faldas brillantes, plateadas,

bordadas, que se comprimen y se ostentan en muelles asientos de color de rosa. Dos, tres reuniones todas las noches, cinco ó seis comidas por semana, los Italianos y la Opera, y por afiadidura el Bosque todas las tardes ó las visitas recibidas ó devueltas, no es mucho para ella. Jamás se ve cansada ni rendida; se encuentra en el mundo como un buque en alta mar, con buen tiempo y á toda vela. La invasión ha sido tan fuerte, que todas la partes de su pensamiento han recibido el sello de su pasión. Las demás jóvenes son hipócritas en cuanto á la música, ésta no. Toca el piano y se burla de su modo de tocar; en vez de arrobarse ante Beethoven o Mozart, oye a Verdi o a Rossini y sólo diez minutos, nada más; una pieza de música le gusta como un helado que la entretiene un cuarto de hora de una manera agradable; no aspira al sentimiento, á la profundidad de un alma no comprendida. Todas las importaciones alemanas se han deslizado por ella sin penetrarla. Es verdaderamente francesa, y del siglo xvIII, muy parecida á aquella marquesa que, antes de recibir á un gran general, preguntaba: «¿Es amable?» Lejos de inclinarse gravemente, con veneración, ante las cosas respetables, las toca con la contera de su quitasol, mira veinte segundos, hace una mueca y pasa de largo. Para ella no hay en política más que dos partidos: el de las manos con guantes y el de las manos sucias. La religión es una cosa admirable, pero ¡tiene tan malos modales el vicario! Nada tan hermoso como las virtudes domésticas; ¿pero qué es una mujer ajustando la cuenta con su cocinera? La pintura es un gran arte, pero ¿por qué los pintores pestañean tanto y usan lentes? M. de... es el primer político del siglo, pero tiene cabeza de cascanueces y facha de tonel. Va en esto tan allá,

159

que no es vanidosa; no pierde el tiempo en compararse con sus vecinas; no le incomodan sus lindos trajes, al contrario, goza con ellos, porque forman parte de ese esplendor que le gusta; los celos y las rivalidades son intrusos, feos y gruñones que no tienen acceso en ella; su espíritu es demasiado alegre, demasiado parecido á una sala de baile, lleno siempre de ideas bulliciosas, de las imágenes vivas y variables de la diversión. Hay que verla y oirla contar la historieta más insignificante, un simple detalle de la vida ordinaria; hallamos tal atractivo en su persona, un tono tan vivo y tan claro en cada palabra, tal vehemencia en sus ideas, que se experimenta sin remedio el placer de vivir.

Se casó hace cuatro años. El marido la llevó primero à orillas del Rhin, luego à Italia; después fué necesario preparar el hotel, los carruajes, la casa de campo; esto se hizo en dos años. Ahora juega con él como con una pelota, no porque sea mala, sino porque se divierte con todo, hasta con él cuando le tiene á su alcance. Él engorda y se fatiga pronto; ella se mofa de él después de la comida, cuando se duerme; le obliga à hacer sus correrías. El pobre hombre, sanguineo y repleto, no puede con ello, y cada año se encuentra más enamorado de ella; la observa en la mesa, está intranquilo, ella se muestra demasiado amable con todos. Comprad un bonito puñal muy bien damasquinado y de temple fino; cuanto más afilado y más fuerte sea, mejor penetrará en vuestro pecho.

Esta noche atormenta à un gran hombre de reciente nombradia, un compositor. Este músico desventurado acaba de publicar tres nocturnos; ya no duerme, está abrumado por su obra; ya no nota el sabor del gamo ni de las trufas; traga vasos de vino creyendo beber agua; necesita que le hablen de sus nocturnos. Ella le habla de música desde la sopa, mas sin llegar á sus nocturnos; se detiene precisamente al ir á nombrarlos, fijándose en la fisonomía anhelante del autor; entonces, repentinamente, vuelve á las frases generales. Ella está cada vez más radiante, él más triste. A la hora del champagne, él está completamente desesperado: «Mis pobres nocturnos.»

En aquel momento ella comienza el elogio de Gounod. Él se enjuga la frente con la mano, y á guisa de consuelo, pide champagne.

Ha terminado la primera parte de la comida. Pausa corta. Un vago sentimiento de bienestar se esparce, como un perfume, en el espíritu. Ya no se tiene apetito, pero aún se puede comer. Se digiere bien, y hay el convencimiento de que se digerirá mejor. El estómago es la conciencia del cuerpo, y cuando es feliz, todo lo demás llega por consecuencia. Se ve, con voluptuosa tranquilidad, que se reanuda el servicio. No se reflexiona, no se hacen observaciones precisas, pero se nota vagamente el brillo de la porcelana, la alegria de los adornos, las telas suaves, la disposición física é ingeniosa de todo el lujo presente. Se ol vida el mirar una cabeza bonita inclinada, el centelleo de un diamante en el extremo de una oreja, contemplar detenidamente alguna linda rosa colocada entre cabellos rubios. Toda esta gente habla con viveza, sonrie, parece contenta. Esta es la verdadera fiesta, la asamblea solemne, la más venerada entre todas las ceremonias mundanas, y el vapor oloroso de los platos sube en espirales delicadas como el humo augusto de un sacrificio.

Cuarto convidado à la izquierda; un propietario grueso, antiguo hacendista, ahora diputado por una provincia, instalado en un banco de la Cámara como una foca. Le gusta extraordinariamente el pastel de pescado; tiene invernaderos y regala ananás à sus amigos. Su vecino, un relator joven, trata de halagarle, de distraerle de llevarle à la política y à la literatura. El contesta poco, y sus cejas fruncidas parecen decir: «Este animal, con sus palabras, me impide conocer la calidad del sauterne.»

Una mujer de cuarenta años, menlacólica. Sin ocupación; su nariz comienza á enrojecer.

En el extremo de la mesa hay una barba afeitada y unos bigotes negros..., es el cortesano de D...: se le encuentra en todas partes.

Profesor suplente en la Escuela de derecho, alto, delgado, encorvado, siempre saludando, presentado á todos, introduciéndose en todas partes, y en todas asiduo, el perfecto intrigante. Ni una idea, ni una apariencia de talento, ni de conversación, ni de pluma, ni de palabra; pero él llegará.

Viene aquí, como á otras diez casas, dos veces por semana; se instala delante de la chimenea; hace reverencias á todas las señoras, cambia tres frases huecas con todos los hombres; se muestra, le ven; la idea de su semblante incoloro y de su forma oblonga se graba, á fuerza de verla, en todos los espíritus. Imposible olvidarlo, se le ha visto demasiado; vive en la imaginación de todos como la Revalenta Dubarry ó el

secante de Raphanel. Por más que se le estime en su verdadero valor; por más que se le declare nulo, es imposible echarle de la cabeza. La dueña de la casa se lo encuentra en la punta de su pluma cuando quiere completar la lista de sus invitados. El ministro, vacilante entre dos candidatos, le encontrará en su recuerdo como un recurso; es un hombre complaciente, no hará hablar de sí, se le puede elegir sin compromiso alguno. Es sufrido, sonríe bien y mucho, puede quedar pegado á una pared, con decencia, toda una soirée; mirará los cuadros, hará bailar á las desairadas; sus trajes son correctos, liena un hueco, lo mismo que un cacharro en un vasar. Aprende, Anatolio, sobrino mío, ahí tienes una semilla de académico.

Una de las diez mujeres más bonitas de Paris, figura casi perfecta, vestidos siempre nuevos; pero no es más que una muñeca; su marido un titl elegante. No tienen inquietudes de ninguna clase; parecen hechos uno para otro, para ir al Bosque, para bailar, para entrar y salir, saludar y estar en visita. Mandan setecientas tarjetas de felicitación el día de año nuevo. Ella ha sonreido tanto, que á los veintiocho años empiezan á iniciársele unas arruguitas imperceptibles en derredor de los labios y de los ojos.

Cuando me acerco á ella, preveo interiormente el gesto, el movimiento de cabeza, la contestación que obtendrá mi frase. Tirad del hilo de una caja de música, sabéis anticipadamente qué pieza vais á oir. Hermoso canario rozagante, gracioso, que saltas por tu enrejado primoroso, en tu jaula dorada, junto á un comedero siempre lleno, tu pluma está bien alisada, tus lindas patitas bailan todo el día sin cansarse, tu pico toma con aire resuelto los granos de alpiste escogido que se te prodigan, tu garganta contiene tu repertorio

de notas dulces y agrias, y yo te compraría con gusto por cien francos con la jaula; pero me gustarías más disecado que vivo.

Me parece que rien, aunque decorosamente, al otro extremo de la mesa. Un agregado de embajada, que está junto á una escritora inglesa, persona de mucha moralidad, trata de defender la novela francesa, acusada de corromper las costumbres. Después de algunos dichos y respuestas, dice él, con la actitud de un hombre honrado: «Miss Mathews, usted nos juzga con demasiada severidad, por no habernos leido bastante; permitame usted que le envie mañana una novela francesa, nueva, célebre, la más útil y profunda de todas las obras morales de nuestros días. Ha sido escrita por una especie de monje, un verdadero benedictino que estuvo en Tierra Santa, y hasta recibió alli algunos tiros de los infieles. Este monje vive en una ermita cerca de Rouen, encerrado día y noche, y trabajando sin descansar. Es muy sabio, ha publicado una obra de arqueología sobre Cartago. Debia estar ya en la Academia; se cree que será el sucesor de Monseñor Dupanloup. No sólo tiene ingenio, sino también conciencia. Ha hecho por largo tiempo autopsias bajo la dirección de su padre, que era médico, y conocía lo moral por la observación de lo físico. Si tiene algún defecto es ser demasiado exacto, demasiado laborioso, que no trata de agradar. Su fin es poner en guardia à las jóvenes contra la ociosidad, la curiosidad malsana y el peligro de las malas lecturas. Se llama Gustavo Flaubert, y su libro se titula asi: Madame Bovary ó las consecuencias de la mala conducta.

Miss Mathews se tranquilizó.—«Dígame usted el nombre del librero; yo traduciré el libro tan pronto

como regrese á Londres, y haremos que sea distribuido por la Sociedad Weysleyana de propagación de las buenas doctrinas.»

Sirven champagne por segunda vez; empieza la confianza; las sillas se han desordenado un poco; algunos convidados están casi apoyados en la mesa; las conversaciones entabladas son ahora más familiares. más vivas, dos á dos, tres personas ó á la aventura por grupos. Los criados ociosos con la servilleta debajo del brazo, piensan en los postres, y entre el ruido confuso de voces que se cruzan y se elevan, se oyen resúmenes como estos: «Gounod tiene talento á medias; es una semilla alemana desleída en salsa francesa.—Compre usted Graissessac, van á bajar.—La verdadera cola de carnero no puede comerse sino con pimienta.-No hay más que un poeta contemporáneo, Lecomte de Lisle. - En el Francés no han recibido á Enriqueta B..., hubiera tenido demasiada claque en la orquesta.-No me hable usted jamás de Meyerbeer, tiene ingenio, pero aderezado con la paciencia.-Qué bien le sientan à usted esas cintas. ¡Solamente un talle tan estrecho puede llevar cintas tan anchas!-He hecho mal en tomar un helado, me va á doler el estómago. -M. Thiers es el primer orador del siglo.-Como M. Scribe es el primer autor cómico del siglo. -Y M. Auber el primer músico del siglo.-Y Horacio Vernet el primer pintor del siglo.-Me está pesando la comida, vamos á fumar.»